

Yo mozo y tan travieso,
Ella hermosa y tan pura,
Yo rico de alma y ella de hermosura . . .
Vine al fin á perder mi poco seso.
La amé y me amó; con infantil locura
De la pasión en brazos nos lanzamos,
Y dos años vivimos
Viéndonos siempre que ocasion hallamos,
Fieles al par cuanto mejor supimos.

CLOTILDE.

¿Y la amabas?

DON FELIX.

La pobre zagaleja,
Sin duda por su padre sorprendida,
Me iba á huir sin razón ni despedida;
Me opuse á tiempo, mas mi padre atento
Me espiaba á su vez, y en un momento
Nuestro amor se rompió y nuestra constancia,
Enviándome mi padre á hacer fortuna
A las campiñas de la alegre Francia;
Donde, guerrero inerto en cortesano,
La suerte amiga me tendió la mano,
Y la memoria del amor primero
Se borró con el tiempo y la distancia,
Aunque no mi deber de caballero.

CLOTILDE.

¿La amas, pues, todavía?

DON FELIX.

¿A quién despues de tí, Clotilde mía?
Mas ella la infeliz, allí encerrada
Con las aves no mas del valle oculto,
Acaso vivirá muy desdichada,
Por culpa de un mancebo, que insensato
La juraba un amor que era imposible,
Y que era fuerza que olvidara ingrato.

CLOTILDE.

¿Y aun guardas su memoria inestinguible . . .

De su diálogo aquí los dos esposos
Dulcemente llegaban,
Cuando la bella historia les turbaron
Alaridos y gritos misteriosos
Que á la reja del cuarto en que se hallaban
En repentina música estallaron.

Oíase á lo lejos
Rodar la tempestad, arrebatada
En alas del revuelto torbellino;
Y en pós de los vivísimos reflejos
Del rápido relámpago, rugía
La poderosa voz del ronco trueno,
Que la nube sombría
Dentro guardaba del preñado seno.
Del viento proceloso
Al vaiven vigoroso,
Crujir se oían los tronchados robles;
Y de los puentes las cadenas dobles,
Rechinar en los goznes sacudidos
Por el recio huracán estremecidos.
“¿Oyes, Clotilde?” preguntó Don Félix
A su aterrada esposa:

Sin duda se ha formado de repente
Tempestad horrorosa.

CLOTILDE.

Yo no sé qué temor me sobrecoje,
Félix, á ese rumor.

DON FELIX.

Hace un momento
Que en la enramada de la selva hojosa
Tranquilamente suspiraba el viento.

CLOTILDE.

¿Mas escucha! . . . parece,
Félix, que esa ventana se estremece.

DON FELIX.

El viento que se estrella
Con estrépito en ella.

CLOTILDE.

Eso será.

DON FELIX.

Sí á fé.

CLOTILDE.

Que alguna voz humana . . .

DON FELIX.

Pura imaginación, Clotilde mía;
Solo las aves pueden
Llegar á esa ventana.

Mas la sangre de horror se heló en las venas
De los esposos nobles,
Y paso hallaban al aliento apenas,
Al oír el diabólico ruido
Con que en aquella reja se efectuaba
Un misterio á los dos desconocido,
Mas cuya inmediación amedrentaba.

Tras aquella ventana parecia
Que el espíritu negro de la noche
La tempestad horrenda dirigía.
Allí agitado el viento,
En las caladas piedras estrellándose,
Bramaba airado con salvaje acento
En las molduras góticas rasgándose.
Ya remedaba el suspirar doliente
De angustiada mujer; ya murmuraba
Como escondida fuente,
Y á veces parecia
Oírse en realidad, no en apariencia,
Diabólico concierto que auguraba
De seres invisibles
La cercana presencia.
Y entonces se mezclaba
En desacorde son y grito horrible
Detrás de aquella reja,
El graznido fatal de la corneja,
De la hiena irascible
El áspero gruñido,
De la tímida tórtola el arrullo,
Del pardo lobo el prolongado ahullido,
Y el agudo silbido
De la sutil culebra,
Y el trémulo relincho del caballo,

DON FELIX.

Cierro y durmamos, que se acerca el día,
Y si el aire las nubes arrebatada,
Mañana haremos á mis ciervos guerra,
Y otra vez tendrá fin la historia mía.

VIII.

Amaneció el siguiente
Limpio, sereno y luminoso día,
Coronado de sol resplandeciente,
Y dispuesta al placer la noble gente
Que en el castillo á la sazón había,
Se aprestó diligente
Para pronta y alegre cacería.

Ordenaron los pródigos barones
A escuderos, y páges, y vasallos,
Sus perros aprontar y sus caballos
Y las demas precisas provisiones.
El rumor de la fiesta en un momento
Retumbó de aposento en aposento,
Y atronaron los largos corredores
Con apodos, con trompas y con gritos,
Guias, palafreneros y ojeadores.
Por los patios cundieron
Con gran tumulto y batahola fiera
Voces de mando y ruido de quimera,
Y tumulto de gente aglomerada,
Y relinchos, y silbos, y ladridos
En que rompió azuzada
Toda impaciente la trahilla entera.

Al repentino estrépito,
Don Félix y Clotilde despertaron,
Y al ver del sol los vivos resplandores
Dorar de las ventanas las junturas,
Al punto adivinaron
La prisa de sus bravos cazadores.
Ya del lecho á saltar iba don Félix,
Cuando Fermín su viejo camarero,
Leal aragonés encanecido
En servicio del conde, y el primero
Que á empuñar le enseñó tajante acero
Y á domeñar un potro embravecido,
Entró en el aposento alegremente
Con franqueza exclamando aragonesa:
—“Voto á cribas! ¿aun duerme aquí la gente?”
Levántaos, señor, y daos prisa,
Que no quiero que os llame negligente
Esa orgullosa multitud francesa.”
Lo cual Clotilde oyendo,
Díjole sonriendo;
Fermín, ¿qué audacia es esa?
Y él contestó la frase corrigiendo:
“Perdone mi señora la condesa;
Francesa fué cuando doncella y sola,
Mas unida á mi amo es ya española.”
Con lo cual las cortinas apartando
El buen Fermín, á su señor sirviendo,
Pronto, si no muy bien, fuéle ataviando.

Y el canto triunfador con que celebra
Su victoria ó su amor el ronco gallo.
De este tumulto á par se percibían
Palabras cuyo bárbaro sonido
Ofendía el oído,
Y que mucho á conjuros parecían.
Ya era un susurro sordo y soñoliento
Al son de las abejas parecido;
Ya era penado é íntimo lamento
Arrancado á un dolor fiero y profundo;
Ya el son ahogado del escaso aliento
Del último estertor de un moribundo.
Y acaso entre tan varios alaridos
Se perciben dulcísimos quejidos
De voz enamorada,
Voz de mujer que trémula suspira.
Amorosas canciones
Que ciego amor á su pesar la inspira.
Y esta voz mujeril, tierna y amante,
De hondo misterio incomprensible henchida,
Halagaba tal vez por un instante,
Pero dejaba luego
De pena el alma y de pavor transida,
Ya remedando interesante ruego,
Ya congojosa y triste despedida.

Y estos aterradores
Fatídicos clamores,
Estas mil voces sin compás mezcladas,
Formaban tan fantástico conjunto,
Tan extraña y confusa batahola,
Que el mas bizarro corazón si oyóla,
Olvidó su valor de todo punto.
Don Félix, aunque asaz supersticioso
Y mucho á tal rumor amedrentado,
Saltó por fin del lecho
Y á la ventana se arrojó brioso,
De santa fé fortalecido el pecho
Y de agudo puñal el brazo armado.
Abrió, y en el instante
Repentino relámpago
El aire opaco iluminó brillante;
Bocanada de viento revoltoso
Al aposento penetró ostentoso;
Las gotas de la lluvia desiguales
Botaron de traves en los cristales,
Desparramadas resbalando al suelo;
Sin que se viera en la estension lejana
De la nublada cavidad del cielo,
Mas que las nubes que en tropel seguían
De la tormenta el fugitivo vuelo.
—Ya la tormenta pasa
(Dijo don Félix en redor mirando)
Y por Oriente el horizonte arrasa.

CLOTILDE.

¿Qué ves?

DON FELIX.

La lluvia, que en verdad, no escasa,
En pantano cambió toda la tierra;
Mas cesa ya.

CLOTILDE.

Pues cierra,
Félix, que ese aire mata.

Lo mismo bueno que hasta ahora me encontraba en el libro.

Y díjole don Félix:
A esos señores dí que nos esperan
Que partan cuando quieran,
—¿Cómo, señor, y estando en vuestra casa...?
—Obedece, Fermin, que el día pasa,
Y nosotros al punto montaremos
Y á encontrarles iremos.
Salíó el viejo, y don Félix,
Ya vestida su esposa,
Abriendo la ventana, exclamó al cielo
Mirando: ¡Qué mañana tan hermosa!
—Mas con lo que ha llovido, dijo aquella,
Debe de ser un cenagal el suelo.
A cuya reflexion, bajando el conde
Los ojos, tropezó con un objeto
Del que no osaba, mudo de sorpresa,
Volverlos á apartar... y la condesa
Viendo que ni se mueve ni responde,
Llegóse apoyándose en su hombro,
Siguió su vista, y el objeto hallando
Que contemplaba, enmudeció de asombro.
Pura, olorosa, fresca y solitaria,
En una grieta que en el muro habia
Vejetaba una hermosa PASIONARIA,
Que á los besos del aura se mecía.
Ocultas en el hueco sus raíces,
Solo en el aire al parecer segura,
Mostraba sus riquísimos matices
De la pared sobre la piedra oscura.

Nacida en el dintel de su ventana,
Y en medio de sus góticas labores,
Dijeran que la flor salía ufana
A ser vista no mas de sus señores.
Para ellos es la esencia soberana
Que exhalan sus purísimos olores,
Solo su mano alcanza á su guarida,
Y en su mano no mas tiene la vida.

En un capricho de la esposa bella,
En un deseo del galán esposo
Puso Dios el influjo de su estrella,
Y estriba en él su porvenir dudoso.
Acaso adorne su beldad con ella
Si halla Clotilde su valor precioso,
Y él acaso la arranque y se la ofrezca
Como oportuno adorno le parezca.

Mirábanla los dos, y no podían
Dejarla de admirar. ¡Qué hermosa era!
Al sol sus verdes hojas se tendían
La flor de su capullo echando fuera,
Y una encantada tienda parecían,
Cuyos lienzos plegando una hechicera,
El primoroso encanto que guardaba
Bajo su rico pabellon mostraba.

Y al mágico poder de sus conjuros
Sometida la flor por el encanto,
Los tornasoles de la luz mas puros
Reverberaba su oloroso manto.

Los del iris radiante eran oscuros,
Y no brillaban los del alba tanto
Como los que la flor mostraba en ella
Ante los ojos de la esposa bella.

Si á fé: los de Clotilde parecían
El espíritu y luz de sus colores;
Con mas lujo y valor resplandecían
Cuanto mas la miraban, sus primores:
De su cáliz así se desprendían
Mas suaves y mas puros sus olores,
Y á do Clotilde en rededor miraba,
Girasol de sus ojos se tornaba.

Si tendía su mano hasta cogerla,
Oscilaba á su tacto estremecida;
Si acercaba sus ojos para verla,
Se esponjaba al favor agradecida:
Si llegaba con su álito á mecér-la,
Cobraba al recibirle doble vida,
Y era, en fin, de su antojo tributaria
La encantada y silvestre PASIONARIA.

¿Cuándo ha nacido esa flor?
Dijo el conde á la condesa.
¿No has sido de esta sorpresa?
Díjole ella, tú el autor?

DON FELIX.

¡No, á fé mia!

CLOTILDE.

Yo pensaba
Que tú la hubieras traído.

DON FELIX.

No por cierto, ahí ha nacido.

CLOTILDE.

Artificio la juzgaba,
¿Pues cómo en piedra tan dura
Flor de tal delicadeza?

DON FELIX.

¿Estraña naturaleza!

CLOTILDE.

¿Y mas estraña hermosura!
¿Mas la tormenta pasada
Cómo de ahí no la arrancó?

DON FELIX.

Antes creo que brotó,
Con ella fecundizada.

CLOTILDE.

¿Raro portento!

DON FELIX.

Sí, á fé.

CLOTILDE.

Y qué olorosa y qué bella.

DON FELIX [alargando la mano para co-

gerla].

Orna tu frente con ella.

CLOTILDE [deteniéndole].

No la cortes, no.

DON FELIX.

¿Por qué?

CLOTILDE.

Es que viva privilegio
Que la quiero conceder;
Páreceme que ha de ser
Arrancarla un sacrilegio.
Pues ha venido á adornar
Mi ventana flor tan bella,
Ha de mantenerse en ella
Y en ella se ha de agostar.
Sea un secreto su vida,
Velado á todo importuno;
No quiero que por ninguno
Pueda ser apetecida.

DON FELIX.

Sea, pues, como tú quieres.

CLOTILDE.

Secreto es mio, lo he dicho;
Ya sabes que en un capricho
Se esclavizan las mujeres.

DON FELIX.

No quiera Dios, alma mia,
Que ese capricho te estorbe
Quien corriera todo el orbe
Por tu sola fantasía.
Viva esa flor hechicera
Cuando así pueda vivir;
Y... ¡ha de pasarla morir,
Siendo tú su jardinera!

Y así hablando los esposos,
Al viejo Fermin llamaron,
Y ambos á dos afanosos,
Cuidados muy oficiosos
Por la flor le encomendaron.
Y viendo en el encir ar
Correr ya los ojeadores,
Para irlos luego á encontrar
Se mandaron ensillar
Sus dos caballos mejores.

IX.

Tres jornadas duró la cacería,
Fecunda en reses y en azares varia,
Y al volver la condesa al otro día
A visitar su linda Pasionaria,
Encontróla en la grieta todavía,
Pura, olorosa, bella y solitaria,
Mas frescos y brillantes sus matices,
Mas á la piedra asidas sus raíces.

Las hojas de su verde enredadera,
Profusamente en su redor brotaban,
Y muchas ya de la ventana fuera
En sus ricas labores se enlazaban;
Pero entre ellas la flor única era,
Mas capullos en ellas no apuntaban,

Ni anunciaban sus galas exquisitas
Próximo el tiempo de ceder marchitas.

Y un día se iba tras otro,
Y mas fresca y mas lozana
Abria cada mañana
Su tienda de hojas la flor,
Como amante cuidadosa
Que con el alba despierta,
Y abre en silencio su puerta
A la señal del amor.

La condesa, que hechizada
Con su hermosa flor vivía,
Pasábase todo el día
Contemplándola crecer;
Y cada vez el ramaje
De su libre enredadera,
Mas rico y sombrío era,
Mas lujurioso do quier.

Por do en el muro encontraban
O en la prolija moldura
Sus tallos una hendidura,
Prendían una raíz,
Y de ella brotando pródiga
Rama fecunda y lozana,
Entoldaba la ventana
Fresco y silvestre tapiz.

A par que se iba cerrando
Su enmarañado tejido,
El tallo á la flor asido
Iba cerrando á la par,
Y del ameno follaje
La flor colgada en el centro,
Del arco quedaba dentro
Entre uno y otro pilar.

Allí del sol y del viento,
Y del turbion guarecida,
Se prolongaba la vida
De la misteriosa flor;
Y allí, conforme pasando
Iban los días por ella,
Amanecía mas bella
Y con hechizo mayor.

Y allí gozar dulcemente
Larga existencia esperaba,
Pues ella misma plantaba
Donde vivir un vergel;
Y allí sin duda orgullosa
A reinar sola venía,
Pues ella se suspendía
Su primoroso dosel.

Ufanos de poseerla
Los dos amantes esposos,
Guardábanla cuidadosos
De todo estraño desman,
Y á fé que no se pasaba
Un día en que veces ciento,
No entraran en su aposento
De la flor con el afán.

Para velarla á las aves,
De la ventana por fuera,
Tendieron una lijera
Y sutilísima red,
Y nadie entraba en su estancia

Ni de noche ni de día,
Pues solo á Fermin se hacia
Tan señalada merced.

Allí pasaban las horas
Los condes enamorados,
Con su flor embelesados
En sabrosa soledad;
E ibanse mientras sus huéspedes
Del castillo despidiendo,
Enojosa comprendiendo
O inútil su sociedad.

Así olvidados y ajenos
De amistades ó intereses,
Iban pasando los meses
En su castillo feudal,
Sin ver que pronto vendria
Lluvioso el invierno y crudo,
Y de su pompa desnudo
Seria el campo un erial.

Acostumbrados sus ojos
A encontrar cada mañana
Vejetando en su ventana
Con nueva vida su flor,
Tal vez identificóla
Clotilde con su existencia,
Divinizando en su esencia
Su porvenir ó su amor.

Tal vez simpático afecto
Hacia la flor la arrastraba,
Y un ser oculto adoraba
En su capullo gentil,
Y acaso algun amoroso
Espíritu desterrado,
Creia en ella encerrado
Con sencillez infantil.

Le saludaba gozosa
Cuando el capullo se abria,
Y al plegar le despedia
Su nocturno pabellon,
Como si en verdad pudiera
En aquella pasionaria
Algun alma solitaria
Recibir su estimacion.

El inocente capricho
Su amante esposo reia,
A su loca fantasía
Crédito dando tal vez,
Pues era el amor su vida,
Y en el amor hay instantes
En que vuelven los amantes
Del niño á la candidez.

Mas ya el abrasado agosto
Tras julio ardiente pasaba,
Y nunca se marchitaba
Ni envejecia la flor.
Plegaba todas las tardes
Su capullo al caer el día,
Y siempre á abrirle volvia
Con mas hechizo y primor.

Nunca brotaron sus ramas
Otros capullos, y nunca
Ni la tormenta la trunca,
Ni la arrebata turbion,

Ni el crudo cierzo la hiela,
Ni la consume el rocío,
Y el invierno y el estío
Benignos al par la son.

Señor, (á don Félix dijo
El viejo Fermin un día)
A no ser vuestra, diria
Que hay hechizo en esa flor.

—Hechizo, Fermin! ¿qué dices?
—Cosa de encanto parece,
Porque ni mengua ni crece,
Ni muere nunca, señor.

Mi señora la condesa
Con ella está enloquecida;
Como á vos mismo la cuida,
Y quierela como á vos.

No tiene empeño mas grave,
Ni cosa que mas la importe,
Y hacer á una flor la corte
No es cosa que manda Dios.

Honores, fausto y nobleza
Por ella habeis olvidado,
Por ella habeis enojado
A vuestros deudos tambien,

Pues su amistad concibiendo
Que os era enojo importuno,
Desfilaron uno á uno,
;Y ojalá que pare en bien!

—¿Qué quieres decir? —Yo, nada;

Mas mucho el vulgo murmura,
Y dan por cosa segura
Que á la nigromancia os dais;
Que no sois francés recuerdan,
Y corren, aunque en secreto,
Sospechas sobre el objeto
Que en vuestro encierro llevais.

Dicen que habeis sometido
Por medio de un sábio ó brujo,
De los astros al influjo
El horóscopo del rey;
Y si va por donde quema
Del vulgo la vil malicia,
Me temo que la justicia
Nos encare con la ley.

Y en fin, señor, yo que embustes
No puedo sufrir en calma,
Un día me rompo el alma
Con el mejor del país,
Y con tres zaragozanos
Que meta entre esos franceses
Hay una de aragoneses
Que se estremece Paris.

—Bah! buen Fermin, no desbarros
Soñando con tus paisanos.
—;Y los tres zaragozanos
Que os sirven?

—;Y qué son tres?
—Como el mas imberbe de ellos
En un callejon se aposte,

Ya sé yo que el gran Preboste
Con su ronda vuelve pies.

Fermin, replicó don Félix,
Decididos y tenaces,
Ya sé yo que sois capaces
De eso y mas los de Aragon;
Mas si meteis algun dia
Quimera con los paisanos,
Os mando cortar las manos
Sin otra averiguacion.

Y esto escuchando, á una seña
De su señor, el camino
De la escalera mohino
Tomó y humilde Fermin.
Quedóse á solas don Félix
Con su flor y con su esposa,
Y en su posicion dudosa
Empezó á pensar al fin.

Estranjero, y largo tiempo
De la corte retraido,
Y acaso el rey prevenido
Estando ya contra él;

Por bizarro y opulento,
Con muchos envidiado,
Y de muchos envidiado,
Era algo ruin su papel.

Audaz por naturaleza,
Por español altanero,
Valiente y buen caballero,
Sufria un desaire mal:

Y en su honor y antigua fama
A mantenerse resuelto,
Hubiérasele devuelto
Al mismo rey por igual.

Mas existia otra causa,
Otra razon, otro objeto,
Otro escondido secreto,
Que le impedia partir;

Secreto, sí, que hasta entonces
Dentro de su alma escondido
Habia tal vez vivido
Sin dejarse percibir.

Aquella flor, que gozando
De una frescura infinita,
Jamás doblaba marchita
Su primoroso boton;

Aquella flor misteriosa
Cuya inmediata presencia
Tenia oculta influencia
En su propio corazon;

Aquella flor cuya vista
Era el placer de su esposa,
De cuya esencia olorosa
Gozaba con tanto afán,

Vió el triste que allá en el fondo
De su pecho enamorado,
Habia el poder cobrado
De un dañoso talisman.

De aquella flor peregrina
La hermosura le hechizaba,
En su presencia gozaba
Incomprensible placer,

Y al percibir de su cáliz

El mágico aroma apenas,
Sentia dentro sus venas
La sangre inquieta correr.

De aquella flor á la vista,
Sentia que en su memoria
Se renovaba una historia
De mucho olvidada ya,
Y en ella ardía un recuerdo
Triste, eterno y solitario,
Como luz que en un santuario
Ardiendo perenne está.

Jamás entibiado habíase
Con su esposa su cariño;
Pero su historia de niño
Jamás se le recordó,
Hasta aquella horrible noche
De repentina tormenta,
En que de su historia cuenta
Clotilde le demandó.

Indiferente y tranquilo
En la siguiente mañana,
Abrió él mismo su ventana,
Mas la Pasionaria al ver,
Sintió por la vez primera
Con amargo sentimiento,
Aquel fatal pensamiento
En su mente aparecer.

Vago y sin fuerza hasta entonces,
Y allá en el alma escondido,
Recuerdo tal habia sido
Un imperceptible imán,
De cuya robusta fuerza
Jamás llegó á recelarse,
Hasta que quiso apartarse
Del funesto talisman.

El, de sí mismo con miedo,
Juzgólo aprension, capricho,
Y él no se lo habia dicho
Ni aun á sí mismo jamas;

Mas del buen zaragozano
Fermin la ruda franqueza,
Corroboró la certeza
De sus sospechas en mas.

Entonces con claros ojos
La realidad contemplando,
Fué don Félix empezando
La verdad á comprender:

Por una parte alarmada
La suspicacia francesa,
Por otra, víctima y presa
De unos hechizos su ser.

De tantos ojos voraces
Atentos á sorprenderle,
Ocultarle y defenderle
Fué cosa imposible al fin,
Y de la flor el secreto
Por último divulgado,

Por do quier fué interpretado
Con la malicia mas ruin.
Ya con amistad fingida
Y con pretextos capciosos,
Llegaron varios curiosos
El castillo á penetrar

Del español envidiado
En la mansion ó el semblante
Buscando del nigromante
Señales que denunciar.

Y algunos sábios fanáticos
Con curiosidad sencilla
Quisieron la maravilla
De la Pasionaria ver,
Mas enojado don Félix
De su impertinente audacia,
Negóse con pertinacia
Su permiso á conceder.

Arrastrólos sin embargo
La fé de su ciencia vana
Hasta acechar la ventana
Donde ecsistia la flor,
Y viendo á los dos esposos
En ella continuamente,
Tuvieron por evidente
Un sér maleficiador.

Dieron al conde don Félix
Por enemigo de Francia,
Y adquirió tal importancia
Esta opinion, que hasta el rey
Llegó á recelar acaso
De aquel hechizo el influjo,
Teniendo al supuesto brujo
Vigilado por la ley.

Don Félix, que idelatraba
Con toda su alma á su esposa,
Sintiendo otra poderosa
Llama en su pecho brotar,
Airado contra sí mismo,
Loca tentacion juzgándola,
Quiso de su alma arrancándola
La fé de su amor salvar.

Y un dia que ambos gozaban
La bella flor contemplando,
Conversacion entablando
Dijo don Félix así:
—¿No te parece, Clotilde,
Que hay en esa Pasionaria
Una mágia extraordinaria
Que nos alucina?

CLOTILDE.

Sí,
Yo cerca de ella un deleite
Tan soberano percibo,
Que me parece que vivo
Donde ella vive, mejor.
Nada con ella echo menos,
Y en su presencia me place
Sentir, Félix, que renace
Mas tierno por tí mi amor.

DON FELIX.

No es tal mi dicha, Clotilde:
Yo siento una incertidumbre,
Una estraña pesadumbre
Al contemplarla no mas.
Pareceme que á su vista
Nuestro amor se disminuye,

Y la ventura nos huye
Para no volver jamas.

CLOTILDE.

Félix ¡tú pierdes el juicio!
¿Qué puede en nuestra ventura
Intervenir la hermosura
De esa solitaria flor?

DON FELIX.

No acierto, Clotilde mia,
De tal misterio el origen;
Mas mil temores me afligen
Y... destruirla es mejor.

CLOTILDE.

Eso no; cuando la vimos
La cogí bajo mi amparo,
Y quien la toque declaro
Que atenta á darme un pesar.
Aquí esa flor ha nacido,
Y es mi deleite, mi encanto;
Y aquí, Félix, por lo tanto,
Cuanto pueda ha de durar.

DON FELIX.

Sea, y no quieran los cielos
Que ese capricho te estorbe
Quien corriera todo el orbe
Para buscarte un placer.

CLOTILDE.

Ah, Félix mio, perdóname
Si mi amor te la defiende;
¿Mas en qué mi amor te ofende?
¿Qué puede en tu mal tener?

Mis ojos gozan mirándola
Tan pura siempre y tan bella,
Tengo mi capricho en ella
Como mi amor tengo en tí,
Tan poderoso es el mio
Como es el otro constante.

¿Piensas que menos amante
La flor ha de hacerme; dí?
No; los gustos peligrosos
De la necia corte olvido;
Helos ya sustituido

Con su inocente primor,
Y aquí, en soledad tranquila,
En pura y campestre calma,
Mas no apetecé mi alma
Que su Félix y su flor.

Y así diciendo, en los brazos
Cae Clotilde del conde;
Y este el semblante la esconde
Alterado de placer.

Y así su enojo ahuyentando
Con dulcísimas caricias,
Tornaron á las delicias
Del amor que les da el sér.

Y uno tras otro así fueron
Los bellos dias pasándose,
Su dulce vida llevándose
De soledad y de amor.
Y al asomar por Oriente

La aurora cada mañana,
Fresca, olorosa y lozana
Se abria siempre la flor.

X.

¡Ay del que necio en la fortuna fia!
¡Ay del que espera en el poder mundano!
El que vive feliz un solo dia,
Otro tal vez igual espera en vano.
Sí, todo al fin el tiempo lo trastorna,
Todo en la tierra por su mano pasa,
Y el monte que hoy adorna
Con espeso amenísimo follaje,
En breve espacio con furor le arrasa,
Sin que halle en él la yerba mas escasa
El pájaro mas ruin por hospedaje.
Y su golpe no quita
Casco ferrado ni áurea corona,
Ni su arbitraria enemistad se evita
Con fuertes torres ó tendida lona,
Porque salva la mar con solo un paso,
Y á su soplo se hieden las murallas
Como en el fuego se quebranta un vaso.
No hay para el tiempo ni esencion ni vallas.
Diez meses no serian
Tal vez cumplidos, y en dolor trocadas
Las dichas de don Félix se veian,
Su esperanza y sus glorias trastornadas.

Era un dia de niebla húmedo y frio;
Todo era soledad, silencio todo
El castillo sombrío.
No por sus anchas bóvedas sonaba
Rumor alegre de placer y vida;
No clamorosa multitud se hallaba
En sus largos salones reunida.
No, no; todo es ahora
Duelo y quietud, que el tiempo y la fortuna
Sientan allí su mano asoladora,
Y quien la habita llora
Sin esperanza alguna.
En un largo aposento,
Do medio roble humea
Tendido en una antigua chimenea,
El rostro macilento,
Y de pesar el corazon transido,
Yace don Félix en el hondo asiento
De una poltrona hundido.
Las lágrimas que brotan de sus ojos,
Indicios son de su dolor; estrecho
Paso sus labios dan á los gemidos
Que arranca de su pecho,
Y claros de la suerte los enojos
Se muestran en sus ayes doloridos.
Fermin, el buen soldado,
Mústio tambien y pálido el semblante,
Del fuego está delante
Junto al conde sentado.
Y acreditar sus pesadumbres puede

La igualdad del señor con el vasallo,
Pues solo el infortunio la concede.
—No hay remedio, Fermin, dijo don Félix,
Los doctores así me lo aseguran.
—Los doctores, señor, por si la yerran,
Casi siempre desgracias nos auguran.
—No, Fermin, es inútil esperanza!
Ellos mismos confiesan
Que su ciencia no alcanza
La muerte á detener.

Y aquí callando,
Tornó al llanto don Félix,
Y el anciano Fermin siguió llorando.
Y era razon llorar por la condesa,
Pues de dolencia inestinguible presa,
Aunque de tres doctores asistida,
Se hallaba en tal momento
A las manos de un mal íntimo y lento,
Próxima á despedirse de la vida.
Y en aquel aposento,
Del esfuerzo postrero de la ciencia
Esperaban el fallo
Con dudosa impaciencia,
El mejor conde y el mejor vasallo.
Abrióse al fin la puerta
Que de la esposa al aposento daba,
Y la mirada incierta
Ninguno á ella dirigir osaba.
Tuvieron en silencio los doctores
Al dintel, con respeto
Al intenso dolor del noble esposo,
En su gesto turbado y lastimoso
Mal ocultando su fatal secreto.
Acercaos, señores,
Don Félix dijo al fin, daráme ayuda
Para arrostrar en calma mis dolores,
El Dios á quien suplico que me acuda
En mis cuitas mayores.
¿Hay esperanza aún?

—“La ciencia vana
“De los hombres, señor, no encuentra alguna.
“Solo de Dios la ciencia soberana
“Sabe qué el sol alumbrará mañana,
“Y ve de todos el sepulcro y cuna;
“Fuera de esa esperanza, no hay ninguna.”
Cayó en su silla el conde desplomado,
Y ocultando en las manos el semblante,
En su propio dolor quedó abismado.
Y aprovechando al punto aquel instante,
Del cuarto los empiricos salieron,
Y del castillo, á do jamas volvieron.

Su fin tocaba el dia,
Y mas densa la niebla encapotaba
La atmósfera; la noche que avanzaba,
Fria, lluviosa y lóbrega venia;
Y sin fuerzas el viento no sonaba
En la enramada umbría.
En apartada alcoba
Que alumbraba escasa lámpara, se queja
Clotilde hermosa á quien la vida deja,
Y á quien la muerte para el mundo roba.
Desencajado el rostro, y amarilla